

ATRACCIÓN FEMENINA Y MASCULINA

La relación sexual entre dos criaturas salvajes de distinto sexo, comienza inevitablemente con el cortejo, y al llegar la época de celo, se engalanan para salir en busca de su pareja, utilizando el colorido para hacerse deseables, y a veces, artimañas y maniobras de diferente tipo.

La invitación sexual también puede ser acústica, como ocurre en casi todas las aves nocturnas y diurnas; mientras que el apareamiento de los peces se lleva a cabo sin contacto corporal directo, al tiempo que ambos permanecen frente a frente, sin perderse de vista ni un sólo instante.

Algunas exteriorizan su estado de celo con un procedimiento distinto y más espectacular, que consiste en una llamada imperceptible que el viento transporta a muchos kilómetros, a través de las feromonas que sólo pueden ser recibidas e interpretadas por los receptores de los machos correspondientes.

Calificables ya como galanteo directo, una vez establecido el contacto entre macho y hembra, las pautas de seducción también cuentan con gran cantidad de adeptos entre los animales.

La preparación de la culminación de la atracción sexual pasa, así mismo, por otros aspectos del galanteo entre la pareja. Uno es la ofrenda, puesta en escena con la mayor delicadeza. Buscan y capturan presas más vistosas y sabrosas que las que acostumbran, fuera de este estado emocional, porque desean quedar como auténticos machos galantes, protectores y obsequiosos, delante de las coquetas hembras que esperan los presentes destinados a solicitar los favores sexuales.

Se establece así el lazo inicial de la pareja, representado por el noviazgo, que al igual que en los humanos, se enriquece con caricias y besos.

El exponente máximo de ternura en este sentido, corre por cuenta de cisnes y pingüinos, que se pasan horas mirándose a los ojos, al tiempo que entrelazan sus cuellos y rozan furtivamente las comisuras de sus picos.

Concluida la fase de compenetración y excitación sexual, llega el deseado momento de la penetración propiamente dicha. Para muchas especies, conseguirlo habrá sido un triunfo, pues puede haberle costado mucho esfuerzo, perseverancia y constancia, ya que en algunos casos se entablan crueles peleas, entrelazan sus mandíbulas y pretenden vencerse mutuamente.

Hasta aquí, las diversas facetas de un proceso de atracción sexual es una regla entre los animales, pero también pueden existir aberraciones de esa conducta sexual normal, problemas que se consideran tradicionalmente exclusivos del *Homo sapiens*.

En general, el ser humano cree que la mayoría de sus comportamientos sexuales son exclusivamente suyos, pero el compromiso matrimonial, la infidelidad, el divorcio o la homosexualidad también se produce entre los animales.

Konrad Lorenz, merecedor del premio Nobel en etología, por haber dedicado su vida a la ciencia que estudia la conducta animal, opina que los animales son capaces de experimentar alteraciones de la conducta considerada generalmente, normal. Por ejemplo, comportamientos dentro de los esquemas afectivos de numerosas especies animales, supuestamente reservados al humano, que lo incitan al contacto sexual entre especies diferentes. En el mundo animal también tiene cabida todo tipo de formas de expresión sexual, desde la masturbación hasta las más inconfesables aberraciones de pareja.

En el preocupante tema de la infidelidad conyugal, se encuentran infinidad de especies que lo toman como algo cotidiano, con separaciones y divorcios; e incluso se llega más lejos, hasta el punto de poder afirmar que las especies fieles a la pareja, son escasos. Los lobos, por ejemplo, permanecen siempre unidos mientras dure su noviazgo, en la más tradicional dinámica de pareja, pero tras la "luna de miel" se produce el divorcio.

El incesto, no sólo no es rechazado entre los animales, sino que además llega a ser el único sistema de procreación en especies comunes como conejos o ratas, que tienen una de las más activas vidas sexuales, u otros no tan comunes como los chimpancés.

La homosexualidad tampoco puede verse como una conducta desviada, por el contrario se considera una actividad normal entre la población animal y un recurso juvenil para satisfacer necesidades.

La controversia de los etólogos estriba en delimitar con exactitud el instinto y la pasión amorosa. Sin embargo, de los estudios se desprende, sin duda, un cuadro mucho más amplio, al que exhibe el ser humano, cuando se lo toma como punto de comparación.

La atracción o amor sexual es una emoción muy primaria, no más compleja que la ira, el miedo, la alegría, la sorpresa o la tristeza. El amor de pareja es muy primitivo, emergió de la naturaleza animal, y ha evolucionado hasta complicarse en el ser humano, pero la emoción básica es una experiencia animal. Evolucionó para unir

a dos personas con el fin de criar a sus vástagos, que es su principal tarea, y por lo tanto, esencial para la especie humana.

El protocolo amoroso ha sufrido cambios importantes a lo largo de la historia. Desde los acercamientos iniciales entre la pareja hasta las formalidades para consolidar la unión, la comunicación y la conducta estuvieron regidos por los códigos establecidos en cada cultura y en cada época.

Así, por ejemplo el término *pyropos*, fue acuñado por los griegos para expresar algo "semejante al fuego"; en el siglo XVII cambió su sentido como lisonja para una mujer hermosa, y ya forma parte del patrimonio castizo, aunque también se extendió a todas las culturas, incluso las musulmanas, donde los hombres piropean a las mujeres, sobre todo a las extranjeras.

La tradición occidental estableció una serie de normas para que la mujer aceptara el cortejo masculino, las familias intervinieran en esa relación, y por fin, la formalizaran con los preparativos que culminaban en una boda. A través del tiempo, estos rituales fueron desvirtuándose y en algunos lugares, la relación de pareja llega a la experiencia amorosa sexual sin demasiados convencionalismos; aunque la pluralidad cultural marca sus diferencias a través de sus costumbres y tradiciones, y el ritual amoroso no es la excepción.

La atracción sexual, acompañada o no, de sentimiento amoroso ha sido considerada como una suerte de magia que desde los griegos antiguos se relacionaba con misterios sobrenaturales vinculados a los dioses, en este caso el famoso Cupido.

Es indudable que la atracción que cautiva a dos seres humanos podría considerarse como un misterio insondable. Sin embargo, en los últimos cincuenta años, los científicos han intentado descubrir las bases psicológicas y fisiológicas que envuelven el comportamiento erótico en la especie humana, que no tiene parangón en el reino animal, pues tanto instintos primarios como condicionantes culturales, forjan la compleja y rica conducta sexual.

Hacia la década de 1.970, el etólogo Desmond Morris afirmaba que todas las pautas del galanteo animal están organizadas en una vía típica, y el curso seguido por la raza humana en la cuestión amorosa, no es una excepción a la regla. Después de un desarrollo científico notable, actualmente los sexólogos estudian los impulsos sexuales como si se tratara de leyes físicas.

La atracción sexual entre las parejas se estudia en los laboratorios utilizando cámaras de video, sensores, programas informáticos y algoritmos matemáticos, que están comenzando a descubrir las claves del sentimiento erótico, determinando que el patrón de conducta de los involucrados, durante el encuentro y la atracción, sigue esquemas muy definidos.

Al principio se producen movimientos interpretados por los observadores como señales de apertura y disponibilidad, constituidos por gestos de comunicación no verbal, que se repiten con cierta frecuencia media. El encuentro entre la pareja se convierte entonces, en un conjunto de gestos, movimientos y sonrisas, cuya amplitud y frecuencia delatan el interés sexual.

La mujer señala su disponibilidad a través del lenguaje corporal, mientras que el hombre intenta establecer, en respuesta, un contacto más directo, entablando una conversación; si la primera está interesada, responde correspondiendo al diálogo, al tiempo que sigue mostrando apertura y simpatía con movimientos del cuerpo.

Según los investigadores del comportamiento, la conducta femenina obedece a la necesidad precisa, conducida por el genoma desde hace miles de años, que consiste en descubrir la personalidad y las intenciones del pretendiente, con el propósito de conocer si puede confiar en él, sobre todo en el caso de establecer una familia.

Recientes investigaciones demuestran que las mujeres utilizan señales discretas y manipulan la percepción del hombre para detectar posibles conductas engañosas, pues buscan instintivamente compañeros francos y sinceros, ya que en cada intento fallido tienen mucho que perder.

En el mecanismo de la conservación de la especie, el encuentro erótico acompañado de un sentimiento amoroso tiene una importancia fundamental, puesto que éste último transmite señales de compromiso a largo plazo, y según se ha establecido, ambos buscan inconscientemente, atar sentimentalmente al otro miembro de la pareja, para alejar el peligro de la infidelidad.

Los especialistas señalan que la atracción erótica acompañada de sentimiento amoroso es una emoción peculiar constituida de placer y estupor, vinculada a una sensación típica de la infancia. Cuando un niño descubre algo nuevo o comienza una actividad antes imposible para él, se siente poderoso y plétórico de energía. Ésta emoción queda fijada en la memoria y se intenta recrear inconscientemente, en cada encuentro amoroso, con el deseo de experimentar la misma sensación de placer.

Desde el punto de vista fisiológico, el amor erótico es una emoción muy compleja en la que intervienen numerosos tipos de moléculas necesarias para producir los característicos arrebatos sentimentales; pero, de entre todas, destaca una que actuaría como directora: la feniletilamina, más conocida como FEA o PEA.

El proceso químico puede dividirse en dos fases sucesivas: atracción y afecto. En la primera, la FEA orquesta la secreción de sustancias como la dopamina o la norepinefrina, que poseen una estructura parecida a la anfetamina. Al igual que sucede con esta droga, produce un primer momento de euforia, pero la pérdida posterior de ese estado, genera un gran desasosiego. Para evitar este último efecto de vacío, existe la posibilidad de que el amor ponga en marcha una segunda fase neuroquímica.

En ella, se agregan endorfinas y encefalinas, sustancias similares a la morfina y que confieren a las parejas estables gran seguridad, paz y calma. Los afectados no lo saben, pero cuando un día se les acaba la ración de droga cerebral, por la separación o la muerte de uno de los amantes, llegan las depresiones, las angustias, e incluso la paranoia. Es interesante destacar que los síntomas no difieren mucho del síndrome de abstinencia de los drogadictos. Sin embargo, la producción de FEA no se limita a las fases amorosas, pues también aumenta en todas las situaciones que abran un futuro incierto.

Otros científicos consideran la existencia de otra molécula responsable del “estado romántico”, pues aseguran que ciertos aspectos de la interacción romántica pueden ser descritos como místicos, desde un punto de vista neuroquímico. Sería una variante espiritual de la feniletilamina, la verdadera molécula del amor, pues ésta produciría “un amor que se eleva más allá de la experiencia terrestre ordinaria, hacia una dimensión celeste, religiosa”.

Algunos estudios sugieren, que esta marea química emocional produce otro mensaje químico, constituido por un aroma sexual que impregna la piel basado en las feromonas o compuestos volátiles que son captados por el órgano vomero-nasal, y que son susceptibles de alterar el comportamiento, al menos de los animales.

Por otro lado, algunos científicos aseguran que los órganos externos femeninos producen, sobre todo durante la ovulación, una secreción denominadas copulinas, compuesta de ácidos grasos volátiles que tienen la virtud de atraer al sexo opuesto; mientras que la versión masculina de esta feromona podría ser la androsterona, molécula presente en la orina y el sudor de los varones. Además, algunas investigaciones podrían confirmar que el sistema límbico percibe el aroma de las copulinas, lo que sirve como estímulo para amplificar el efecto pasional de la dopamina sobre el cerebro.

En todo romance hay dos etapas básicas:

La primera es la infatuación o la atracción hacia el otro. Todo el mundo conoce que al principio se siente euforia, mareo, palpitaciones, insomnio, esperanza, nerviosismo; reacciones provocadas por un baño de tres sustancias químicas recibido por el cerebro, constituido por una especie de anfetaminas naturales que estimulan marcadamente. Su actividad puede durar dos, tres años o más, pero al final la atracción bioquímica decae, y entonces comienza la fase dos.

Durante la fase de pertenencia prevalece un sentimiento de comodidad, seguridad y paz, también asociado a una ducha química. En este caso son las endorfinas, es decir, compuestos químicos naturales de estructura similar a la morfina y otros opiáceos, que confieren la sensación común de seguridad. Posiblemente por esto, es posible sufrir mucho con el abandono de un amante, pues no sólo afecta la vida social, sino que además, se interrumpe la dosis diaria de narcóticos.

Tras el intercambio de miradas y el contacto verbal, la pareja sigue el resto de la compleja serie de crecientes intimidades descritas por Desmond Morris en su libro “Comportamiento íntimo”, que consisten en: “la mano en la mano, el brazo en el hombro, el brazo en la cintura, la boca en la boca, la mano en la cabeza, la mano en el cuerpo, la boca en el pecho y la mano en el sexo. Para llegar al último peldaño para alcanzar el clímax del encuentro: el sexo en el sexo”.

Aunque parezca extraño, la pasión es el estadio del enamoramiento mejor conocido desde el punto fisiológico. En ese trance de encantamiento, que fluctúa entre la obsesión y el delirio, algo ocurre en el interior de la persona que no puede ser explicado exclusivamente por las cogniciones y las conductas, sino también por la bioquímica, y ésta probablemente, como consecuencia de aquella.

Como hemos visto, el enamoramiento tiene una química específica y en el fondo es una emoción tan primaria como lo son la alegría, la tristeza o el miedo. En el momento inicial, la expectativa y la ansiedad, produce que el cerebro se bañe con varias sustancias de tipo estimulante como la feniletilamina, la dopamina o sus derivados, la noradrenalina y la adrenalina que provocan la excitación y la euforia propias de aquellos momentos.

Por eso se ha dicho que el amor pasional es como una droga, ya que crea una adicción tal que la pérdida de este estado conduce a un desasosiego semejante al síndrome de abstinencia, y para evitar ese déficit, el

mismo proceso de enamoramiento provoca una segunda secreción de los llamados opiáceos naturales, representados por las endorfinas, semejantes a la morfina, que confieren a las parejas una muy grata sensación de paz y tranquilidad.